

te, aunque sintética calificación de sus más ilustrados biógrafos y panegiristas. Profundo había de ser, pues, el duelo de toda la nación, de adictos y contrarios, de amigos y enemigos. Porque después de su muerte es cuando, extinguido el fuego que encienden la envidia y las demás pasiones, se llega á reconocer el mérito y las virtudes de los grandes hombres y la justicia humana ejerce con digna imparcialidad y rectitud los sagrados deberes de su augusto y venerando ministerio.

Acababa el Congreso de abrir sus sesiones, cuando llegó á Filadelfia tan infausta nueva. Tan corta fué su enfermedad que ántes de que se tuviese noticia de ella, se supo su muerte.

Tan pronto como la Cámara tuvo conocimiento del inesperado á la par que lamentable suceso, presentóse una proposición pidiendo que se suspendieran las sesiones, y al día siguiente, 19 de diciembre, Juan Marshall, el íntimo amigo del ilustre finado, dirigió al presidente un sentido discurso del cual extractamos los párrafos que creemos más esenciales.

«La triste nueva que ayer se anunció á la Cámara—dijo,—es por desgracia demasiado cierta: ¡nuestro querido Washington ha dejado de existir! El héroe, el esclarecido patriota, el sabio eminente, el hombre á quien se dirigían todas las miradas en momentos de peligro, y en quien se depositaban todas las esperanzas, no es ya más que un recuerdo para nosotros y para este pueblo afligido.

...» Tales eran las prendas personales y los extraordinarios servicios que prestó á su patria aquel cuya pérdida deploramos, que toda la nación americana, á no dudarlo, impelida por los mismos sentimientos, hubiera pedido con una sola voz que se diera á conocer por medio de una manifestación pública, cuán general y profundo es el sentimiento por la pérdida que acaba de experimentar.

»El ilustre difunto, más que ningún otro, contribuyó á fundar este vasto imperio....

»Después de conseguir el gran objeto que se propuso, á la cabeza del ejército, le hemos visto cambiar el acero por la azada, convirtiéndose de general en simple ciudadano.

»Cuando iba debilitándose nuestro sistema federal de una manera manifiesta, y comenzaban á disolverse los lazos que unían este vasto continente, le vimos ponerse al frente de los patriotas que formaron una Constitución por la cual podrán, en mi concepto, perpetuarse las

ventajas y beneficios que la revolución comenzó á prometernos.

»Obedeciendo al ruego de su patria, que le llamaba para presidir á un gran pueblo, le vimos abandonar de nuevo su retiro en una época más tempestuosa que la que podría ofrecernos la guerra, y proseguir con calma y serenidad velando por los verdaderos intereses de la nación, mientras contribuía más que ningún otro á establecer ese sistema de política, con el cual espero que se conservará la paz y la independencia de nuestro país.

»Después de haberse elegido por unanimidad para que rigiera los destinos de un pueblo libre, le hemos visto renunciar á la vida pública cuando su reelección era segura, para entregarse á las ocupaciones del hogar doméstico, dando con esto un gran ejemplo al mundo.

»En virtud de esto, pues, paguemos el último tributo de respeto y cariñoso afecto á nuestro difunto amigo.... Con este objeto no he podido menos de redactar algunos acuerdos que me tomo la libertad de proponer á la Cámara. Son los siguientes:

»Acordamos que esta Cámara vaya á dar el pésame al Presidente por tan doloroso acontecimiento.

»Acordamos que se cubra con un crespon negro la silla presidencial, y que los miembros de la Cámara vistan luto durante la legislatura.

»Acordamos que se nombre un comité para que en unión con otro del Senado, informe acerca de las medidas que se crean más convenientes para honrar la memoria del que fué el primero en la guerra, el primero en la paz, y el más querido de sus conciudadanos.»

El día 23 de diciembre el Senado dirigió al Presidente esta elocuente carta:

«El Senado de los Estados Unidos, señor Presidente, se toma la libertad de manifestaros su profundo sentimiento por la irreparable pérdida que acaba de experimentar con la muerte del general *Jorge Washington*.

»Este acontecimiento, tan doloroso para todo el país, debe serlo particularmente para vos, que tanto tiempo estuvisteis unido por los lazos de la amistad y del patriotismo con el ilustre difunto. Permitidnos, pues, señor, mezclar nuestras lágrimas con las vuestras, puesto que en esta ocasión es digno llorar; perder un hombre como él cuando se atraviesa una crisis como la que aqueja á este país, no es cosa que sucede en el mundo con frecuencia. La patria lamenta la pérdida de un padre; pero ya que el Supre-

mo Árbitro de los destinos humanos ha tenido á bien llamar á sí á nuestro bienhechor, sólo nos resta someternos á sus altos y supremos decretos.

»Poseídos de patriótico orgullo, hemos recordado la vida de Washington, comparándole con los hombres notables de otros países; pero todos nos parecen más inferiores, y su fama será tan imperecedera como brillante. Los trastornadores de las naciones se humillaron avergonzados ante la majestad de las virtudes del que probaba la intemperancia de su ambición, eclipsando el esplendor de la victoria. No tememos que nada manche la gloria del ilustre difunto; ha llegado al término de su carrera después de alcanzar cuantos honores es dable apetecer, y ni los tiros de la maledicencia ni los de la envidia, podrán disminuir en nada el brillo de su fama imperecedera. Favorecido por el cielo, ha exhalado el último aliento sin dar muestras de la debilidad humana, y al mostrarse magnánimo en la muerte, la oscuridad de la tumba no ocultará nunca el esplendor de su gloria.

»Tales eran las cualidades del que lloramos; pero el recuerdo de Washington vivirá eternamente en la tierra, aún cuando su alma se haya elevado hasta el trono de Dios.

»Todos sus conciudadanos rendirán tributo á la memoria del general heroico, del eminente patricio y virtuoso sabio, y enseñarán á sus hijos á no olvidar nunca que el fruto de sus trabajos y su ejemplo, *son su única herencia*.»

El Presidente contestó el mismo día al Senado:

«Recibo con el mayor afecto vuestra atenta y sentida misiva, en la que me manifestais cuán profundo sentimiento os ha causado la pérdida que acaba de experimentar nuestro país con la muerte de su más querido y respetable ciudadano.

»Entre los numerosos recuerdos que se agolpan á mi memoria al pensar en este triste acontecimiento, me limitaré á deciros que conocí á nuestro querido Washington en los días de adversidad y cuando más rudas pruebas tuvo que sufrir, y seguí tratándole cuando llegó al elevado puesto que ocupaba, en época más próspera y feliz; y siempre me admiró su sabiduría, su moderación y su constancia.

»Cuando se formó en 1774 aquella memorable *liga de este continente*, para dar á conocer la soberana voluntad de una nación libre en América, fué el único que permaneció en el Gobier-

no general. Aunque he llegado á la edad en que él creyó necesario retirarse de la vida pública, y aunque me hallo solo en el mundo, por haber perdido mi último hermano, siento un consuelo al ver que todos se encuentran dispuestos á mezclar sus tristezas con la mía, por este doloroso suceso.

»La vida de nuestro Washington no puede compararse con la de ningún hombre notable, por mucha que fuese su fama; los atributos de la *soberanía* sólo hubieran servido para eclipsar la majestad de esas virtudes que le convirtieron de modesto ciudadano en esplendente lumina-ria. Acaso la desgracia, si hubiera vivido más tiempo, habría manchado su gloria, aunque sólo para esos hombres superficiales que, creyéndose que el renombre únicamente se adquiere cuando le favorece á uno la fortuna, nunca se hacen dignos de adquirirla; pero la *malicia* no podía atentar contra su honra, ni llegado nunca hasta él los tiros de la envidia. Nuestro querido Washington ha vivido lo bastante para cubrirse de gloria, aunque nuestros conciudadanos hubiesen querido que fuese inmortal. Para mí, su pérdida es en estos momentos irreparable; pero debemos acatar humildemente y con tranquila resignación los decretos de la Divina Providencia.

»La vida de nuestro difunto amigo ha sido ejemplar, y servirá de modelo de sabiduría y de virtudes, no sólo á los ciudadanos de la edad presente, sí que también á los de las generaciones futuras. Si para Trajano hubo un Plinio, un Marco Aurelio no dejará de encontrar biógrafos é historiadores.»

El comité de ambas Cámaras encargado de proponer los medios más convenientes para honrar la memoria de Washington y expresar el profundo sentimiento de la nación, presentó el día 23 las siguientes proposiciones:

«El Senado y la Cámara de representantes de los Estados-Unidos de América en el Congreso reunido, acordamos: que se eleve un monumento de mármol, á expensas de los Estados, en el Capitolio de la ciudad de Washington, y se pida á su familia permiso para depositar en él los restos mortales del ilustre finado, debiendo conmemorarse en dicho monumento los principales hechos de la vida militar y política de tan eminente patriota.

»Acordamos: que salga del edificio del Congreso una procesión fúnebre que deberá dirigirse á la iglesia Alemana Luterana, para honrar la memoria del general *Jorge Washington*,



el jueves 26 del corriente, y que se prepare una oracion fúnebre que ha de entregarse á las Cámaras en dicho día. El Presidente del Senado y el orador de la Cámara de Representantes, se servirán encargar á un individuo del Congreso que redacte dicha oracion.

» *Acordamos*: que se recomiende á los ciudadanos de los Estados-Unidos que se pongan en el brazo izquierdo, en señal de luto, una gasa negra que deberán llevar por espacio de treinta días.

» *Acordamos*: que se recomiende al Presidente de los Estados-Unidos remita copia de las presentes resoluciones á la señora de Washington, en prueba del profundo respeto que la profesa el Congreso y de su sentimiento por la dolorosa pérdida que acaba de experimentar. Asimismo se le pedirá permiso para trasladar los restos mortales del *general Jorge Washington* al monumento que debe elevarse á su memoria.

» *Acordamos*, por último, que se recomiende al Presidente de los Estados-Unidos que publique un manifiesto, notificando al pueblo nuestro tercer acuerdo, y encareciéndole su cumplimiento.»

El Presidente puso en conocimiento de la señora del general Washington los acuerdos del Congreso, y la ilustre viuda contestó en estilo muy parecido al de su esposo:

«Aleccionada por el gran modelo que siempre tuve á la vista, comprendo que no debo anteponer mis deseos á la voluntad pública. Accedo, por lo tanto, á la peticion del Congreso, que habeis tenido la bondad de trasmitirme, y al hacerlo así, no es necesario, ni puedo decir tampoco, cuán inmenso es mi sacrificio al cumplir con los deberes que la nacion me impone.»

Solemnes é imponentes fueron las ceremonias que precedieron á los funerales del gran Washington: en cumplimiento de lo acordado, salió con religiosa pompa del edificio del Congreso, fúnebre y majestuosa procesion, compuesta de los miembros de ambas Cámaras, los funcionarios públicos, y numeroso acompañamiento de ciudadanos, en direccion á la iglesia Alemana Luterana. Al llegar allí, en medio del respetuoso silencio propio de la majestad del santuario, el general Enrique Lee pronunció un notable discurso del cual extractamos los más inspirados párrafos.

«¿Cómo podré enumeraros, amigos míos, sus apreciables cualidades?—dijo refiriéndose al distinguido finado.—¿Cómo expresaré la

nobleza de sus sentimientos? ¿Hablaré de sus hechos de armas, ó quereis que recuerde los eminentes servicios que prestó á su país? ¿Quereis acompañarme á las orillas del Monongahela, para ver á nuestro jóven Washington sosteniendo en sus brazos al moribundo Braddock despues de la funesta victoria de los indios, y salvando por su valor y su prudencia los dispersos restos del ejército perseguidos por el feroz enemigo con salvaje encarnizamiento? ¿Quereis que os le presente cuando la oprimida América, resuelta á perder todo cuanto tenia en defensa de sus derechos, pidió al Congreso que le nombrara general en jefe de nuestros ejércitos? ¿Quereis seguirle á los alrededores de Boston, donde convirtió en ejército aguerrido una juventud indisciplinada, infundiéndola el más noble valor para defender á su patria, ó quereis que os conduzca á Long-Island, York-Island y Nueva-Jersey, donde venciendo á un valeroso ejército de fuerzas superiores, auxiliado por poderosas flotas, y á las órdenes de renombrados jefes, fué el baluarte de nuestra salvacion, sin que luégo se abatiera por los desastres ó los rigores de la suerte? ¿Quereis que le sigamos al sombrío campamento de Trenton, para verle impasible y sereno en medio de sus abatidos soldados? ¡Terrible fué aquella noche! era llegado el invierno; rugia la tempestad; las ondas del Delaware, revolviéndose furiosas, batian las orillas, impidiendo que nadie se acercara; pero Washington, sin inmutarse ante el furor de los elementos, sólo pensó en su país, y despreciando los peligros, lanzóse á la orilla opuesta, luchó, y venció. Volvió á lucir el sol para América; todos cobraron ánimo, y el valeroso jefe completó en las llanuras de Princeton la gran obra que su alma generosa proyectara en las orillas de aquel memorable río.

» Despues de esto dirigióse á Moristown con su escaso, pero valiente ejército, y aunque en el rigor del invierno, merced al esfuerzo de su génio, tuvo en jaque á formidables legiones extranjeras conducidas por un jefe tan experimentado en la guerra como famoso por su valor, de que dió repetidas pruebas en las memorables alturas de Abraham, donde Wolfe, Montcalm y Montgomery cayeron cubiertos de gloria. Animados por el ejemplo de tan valeroso jefe, nuestros padres se alistaron presurosos bajo sus victoriosas banderas, compartiendo con él todas las fatigas de la guerra que nuestro país sostuvo.

» ¿Quién de vosotros habrá olvidado los valles de Brandywine, los campos de Germantown ó las llanuras de Monmouth? ¿Será preciso que os recuerde la generosidad de su alma, repitiendo los elogios que se hicieron del héroe de Saratoga y de su compañero de armas en las Carolinas? No: nuestro Washington á nadie tiene que envidiar su gloria; como todos, aplaudió á Gates y á Green en recompensa de su eminente mérito, y quiera el cielo que los jefes de Saratoga y Eutaw vivan eternamente en el recuerdo de sus conciudadanos.

» Girando en su propia órbita, comunicó calor y luz á sus más distantes satélites, y combinando su fuerza física con la moral, continuó con irresistible ímpulso su marcha, compadeciéndose de la locura, despreciando el vicio y ahuyentando la traicion, hasta que llegó la hora deseada en que uniéndose con las intrépidas huestes de una nacion poderosa y magnánima, logró someter al enemigo comun, terminando de este modo su carrera militar, de la que se retiró cubierto de gloria.

» *El primero en la guerra, el primero en la paz, y el más querido de sus conciudadanos*, no tuvo tampoco igual por su humildad en la vida privada; piadoso, justo, humano, sincero, noble y digno, edificaba con su ejemplo á todos cuantos le conocian y le trataban.

» Era condescendiente con sus iguales, amable con sus inferiores, afectuoso y tierno con su familia; su rectitud de carácter, su desprecio á los vicios y la pureza de sus pensamientos, le convertian en modelo de virtudes.

» La última escena de su vida, probó la grandeza de su alma: aunque sufría acerbos dolores, no exhaló ni un suspiro, ni una queja, y sereno y tranquilo, entregó su alma á Dios con paciente resignacion. ¡Tal era el hombre que ha perdido América! ¡Tal era el hombre por quien llevamos luto y por quien llora la nacion entera!»

Y en efecto, estas últimas palabras del panegirista eran fiel expresion de la triste realidad que se manifestaba en aquel gran pueblo. Desde los primeros instantes en que cundió la fatal noticia de la muerte de Washington, todos los ciudadanos se asociaron en el profundo sentimiento que necesariamente habia de causar tan sensible pérdida, y de uno á otro confin de la Union, no se vió sino dominar un mismo impulso para rendir justo tributo al más querido de todos; todos lloraron y vistieron luto. Y todos los que poseian el don de la palabra ó de la

pluma, se hicieron eco de la voz general del país, y se apresuraron á conmemorar el triste suceso y honrar la memoria del eminente Jorge Washington.

Los escritores más ilustres, los más esclarecidos patriotas, los más célebres oradores, y los más eminentes hombres de Estado de todos los países, se han ocupado de la vida y carácter de aquel grande hombre, y han apurado todas las galas de su elocuencia y de su pluma para dispensarle los más brillantes y merecidos elogios. Nosotros poco pudiéramos añadir á lo que llevamos consignado, y por lo mismo nos concretamos á poner fin á nuestro trabajo, reproduciendo algunos párrafos de uno de sus más notables biógrafos, Enrique T. Tuckerman, la inspirada, aunque breve biografía por Juan Marshall, los apuntes publicados en enero de 1800 en uno de los periódicos ingleses de más aceptacion, y el extracto de la oracion fúnebre pronunciada por el doctor Mason.

«La memoria de Washington,—dice Tuckerman,—debe ser querida para su patria, y excitar justamente el orgullo nacional.

» Sólo un hombre de un elevado carácter hubiera podido dominar los elementos de discordia que le rodeaban, concentrando las opuestas ideas del pueblo, y bien puede asegurarse que su ejemplar modestia no fué entre todas sus brillantes cualidades la que ménos contribuyó á conciliar los ánimos, cosa tan esencial para el buen éxito de la causa que se defendia. Los divinos cantos del Dante no hubieran podido recordar mejor á los héroes de la edad media que la gran figura de Washington, que tanto por sus cualidades morales como físicas, por sus principios, por sus costumbres é ideas, parecia predestinado por la Providencia á ser el jefe que habia de regir los destinos de América. Por su serenidad en los peligros, por su recto juicio, y sobre todo por su excesiva moderacion, forma notable contraste con los demás héroes que se han conocido en el mundo. ¿Qué pedia como recompensa de la victoria? Conseguir el engrandecimiento de la nacion. ¿En qué fundaba sus esperanzas de obtener un buen resultado? En la virtud y en el valor de sus conciudadanos. ¿Cuáles eran sus recursos? Nada más que su rectitud y buenas intenciones.

No se necesita hacer un profundo análisis para reconocer la diferencia entre los rasgos